

COLECCIÓN DE ENSAYO POLÍTICO
INSTITUTO JUAN DE MARIANA – VALUE SCHOOL – DEUSTO

BRYAN CAPLAN

EL MITO DEL VOTANTE RACIONAL

POR QUÉ LA DEMOCRACIA LLEVA A TOMAR
MALAS DECISIONES POLÍTICAS

Traducción de Diego Sánchez de la Cruz



INSTITUTO
JUAN DE MARIANA

value school

DEUSTO

El mito del votante racional

Por qué la democracia lleva a
tomar malas decisiones políticas

BRYAN CAPLAN

Traducción de Diego Sánchez de la Cruz



EDICIONES DEUSTO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Value School agradece especialmente la contribución de las siguientes personas a la edición de esta obra: Joaquín Aranzábal, Federico Castro-Rial Schuler, Carlos Galán, Rubén Pérez Martínez, Nicolás Albert, Manuel Pérez Segado, Miguel Ángel Martín Ollero y Rafael Rodríguez Cabrero.

Título original: *The Myth of the Rational Voter*

© Princeton University Press, 2007

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o mediante un sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor.

© de la traducción, Diego Sánchez de la Cruz, 2025

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2025

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: marzo de 2025

Depósito legal: B. 2.424-2025

ISBN: 978-84-234-3870-9

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio Grupo Gráfico

Printed in Spain - Impreso en España



Sumario

Prólogo a la nueva edición.	11
Introducción. La paradoja de la democracia	21
1. Más allá del milagro de la agregación.	31
2. Creencias sistemáticamente sesgadas sobre la economía.	75
3. Evidencias de la <i>Encuesta a los estadounidenses y los economistas sobre la economía</i>	141
4. La escuela clásica de elección pública y el fracaso de la ignorancia racional	231
5. Irracionalidad racional	281
6. De la irracionalidad a la política	345
7. La irracionalidad y el lado de la oferta de la política.	403
8. El fundamentalismo del mercado frente a la religión de la democracia	443

Conclusión. Elogio del estudio de la irracionalidad humana.....	495
Agradecimientos.....	507
Bibliografía.....	511

Más allá del milagro de la agregación

Sospecho de todas aquellas cosas que cree
el ciudadano medio.

H. L. MENCKEN,
*A Second Mencken Chrestomathy*¹⁹

Podríamos llenar una biblioteca universitaria con todo lo que los votantes no saben. En las últimas décadas, los economistas que estudian la política han recuperado viejas preocupaciones sobre la competencia de los ciudadanos y han alegado que, hablando en términos egoístas, los votantes no están cometiendo un error. Cada voto tiene una probabilidad tan pequeña de afectar los resultados electo-

19. Mencken, 1995, p. 375.

rales que un egoísta realista no presta atención a la política. Elige ser, en la jerga económica, *racionalmente ignorante*.²⁰

Para los adoradores del templo de la democracia, este argumento económico solamente sirve para echarle más sal a la herida. Sin duda, es bastante preocupante que los votantes sepan tan poco. Sin embargo, esto sería soportable si la ignorancia del electorado fuese una fase pasajera. Los expertos a menudo culpan de la apatía ciudadana a candidatos excepcionalmente insípidos que pueden concurrir en determinados procesos electorales. Sin embargo, pensadores más profundos que observan que tal apatía persiste año tras año culpan de la ignorancia de los votantes a la falta de democracia misma. Robert Kuttner explica su versión de esta historia:

La esencia de la democracia política —el sufragio— se ha erosionado, a medida que el voto y la política cara a cara han dado paso a la plutocracia de la financiación de campañas. [...] Existe una conexión directa entre la dominación de la política por el dinero de grupos que representan intereses particulares, la financiación de campañas negativas y de ataques políticos, las estrategias impulsadas por encuestas y grupos focales y la deserción de los ciudadanos a la hora de

20. Olson, 1971; y Downs, 1957, explican elegantemente por qué los votantes ignorantes actúan de una manera egoístamente óptima. Sobre la baja probabilidad de decisión de los votantes, véase Edlin, Gelman y Kaplan, 2007; Gelman, Katz y Bafumi, 2004; Feddersen, 2004; Mulligan y Hunter, 2003; Gelman, King y Boscardin, 1998; y Meehl, 1977.

citarse con las urnas [...]. La gente acaba concluyendo que la política es algo que los excluye.²¹

La máxima que proclama que «la solución a los problemas de la democracia es más democracia» se antoja vacía después de digerir la idea de la ignorancia racional. La ignorancia de los votantes es producto del egoísmo humano natural, no una aberración cultural pasajera. Se proponen límites al financiamiento de campañas políticas y otras recetas supuestamente destinadas a «arreglar la democracia», pero es difícil imaginar que estos cambios acaben fortaleciendo el incentivo que tienen los votantes para informarse mejor.

Conforme se difundió la idea de la ignorancia racional, las ciencias sociales se vieron obligadas a lidiar con una falla intelectual de calado. Los economistas, junto con los politólogos o los profesores de Derecho de mentalidad más económica, suelen estar en el mismo lado del debate.²² Así, la mayoría ven la ignorancia de los votantes como un problema grave, lo que hace que se muestren escépticos sobre el uso de la acción e intervención gubernamental como supuesta solución para mejorar los resultados del mercado. En teoría, es posible que alguna acción gubernamental pueda resultar beneficiosa, pero ¿cómo podría esperarse que unos votantes irremediabilmente desinformados sepan elegir a políticos que cumplan sus promesas? La implicación directa de esta forma de pensar es que «los

21. Kuttner, 1996, p. xi.

22. Véase, por ejemplo: Kelman, 1988; y Rhoads, 1985.

votantes no saben lo que están haciendo», de modo que es mejor «dejarlo en manos del mercado». Los pensadores que se sitúan en frente restan importancia a las dudas sobre la efectividad de la intervención gubernamental. Una vez que se descarta el problema de la ignorancia de los votantes, el salto entre «las políticas beneficiosas *en teoría*» y «las políticas que las democracias adoptan *en la práctica*» es indudablemente corto.

Con el tiempo, la ignorancia racional ha llegado a despertar un amplio programa de investigación, conocido como la escuela de elección pública, la economía política o la teoría de la elección racional.²³ En la década de 1960, hablar de fallos de mercado era común, pero hacer lo propio con las fallas de la democracia rayaba en lo herético. Sin embargo, estos enfoques fueron lo suficientemente resistentes como para echar raíces. Así, las críticas a las políticas gubernamentales más estúpidas se multiplicaron durante la década de 1970, allanando el camino para la desregulación y la privatización.²⁴

Sin embargo, a medida que estas ideas empezaron a cambiar el mundo, surgieron serios desafíos dirigidos a cuestionar sus fundamentos intelectuales. Las críticas originales provinieron de pensadores con poca comprensión

23. Estos términos son casi sinónimos, aunque tienen connotaciones ligeramente diferentes. Los economistas que siguen la tradición de James Buchanan y Gordon Tullock prefieren la etiqueta de *elección pública*. Los economistas menos apegados a esta tradición hablan de la *economía política* o de la *economía política positiva*. La teoría de la elección racional es más popular entre los politólogos (Green y Shapiro, 1994).

24. Quirk, 1990, 1988.

y escasa simpatía por el enfoque económico. En cambio, las nuevas dudas que fueron surgiendo después estaban enmarcadas claramente en una cierta lógica económica.

El milagro de la agregación

Piensa en lo que sucede si pides a cien personas que corran una carrera de cien metros y luego mides sus tiempos promedio. El resultado medio no será mejor que el de los corredores más rápidos. Será peor [...]. Sin embargo, pide a cien personas que respondan una pregunta o resuelvan un problema y la respuesta media será al menos tan buena como la respuesta del miembro más inteligente. En la mayoría de las cosas, el promedio es la mediocridad. En la toma de decisiones, a menudo se trata de excelencia. Se podría decir que es como si hubiéramos sido programados para ser colectivamente inteligentes.

JAMES SUROWIECKI,
*The Wisdom of Crowds*²⁵

Si una persona no tiene idea de cómo llegar a su destino, difícilmente podrá esperar alcanzarlo. Puede que tenga

25. Surowiecki, 2004, p. 11.

suerte, pero el sentido común reconoce una estrecha conexión entre saber lo que uno está haciendo y hacerlo con éxito. La omnipresente ignorancia de los votantes parece implicar, pues, que la democracia funciona mal. Las personas que están a cargo en última instancia (es decir, los votantes) hacen algo equivalente a una cirugía cerebral sin haber aprobado anatomía básica.

Hay muchos intentos sofisticados de arruinar esta analogía, pero el más profundo de ellos es el que plantea que la democracia puede funcionar bien bajo prácticamente cualquier magnitud de ignorancia entre los votantes. ¿Cómo? Supongamos que los votantes no cometen errores sistemáticos. Aunque se equivocan constantemente, sus errores serán aleatorios. Si los votantes se enfrentan a una elección ciega entre X e Y sin saber nada sobre ellos, es igual de probable que elijan cualquiera de los dos opciones.²⁶

¿Qué es lo que sucede entonces? Con un cien por cien de ignorancia de los votantes, las cosas son predeciblemente sombrías. Un candidato podría ser el terrorista Unabomber, que conspira para acabar con la civilización. Si los votantes eligen al azar, Unabomber ganaría la mitad de los comicios. Es cierto que la suposición de que el votante no tiene conocimiento es demasiado pesimista. Los votantes bien informados son pocos, pero no inexistentes. Sin embargo, esto parecería ser un pequeño consuelo. Un cien por cien de ignorancia conduciría al desastre. Enton-

26. Sobre error aleatorio versus error sistemático, ver, por ejemplo: Surowiecki, 2004; Austen Smith y Banks, 1996; Wittman, 1995, 1989; Page y Shapiro, 1993, 1992; Levy, 1989; y Muth, 1961.

ces, ¿puede ser significativamente mejor un sistema con un 99 por ciento de ignorancia?

La sorprendente respuesta es que sí. Los efectos negativos de la ignorancia de los votantes no son lineales. Una democracia con un 99 por ciento de ignorancia se parece mucho más a una democracia con información completa que a una democracia con ignorancia total.²⁷ ¿Por qué? Primero, imaginemos un electorado donde el cien por cien de los votantes estén bien informados. ¿Quién gana las elecciones? Finalmente, quien tenga el apoyo de la mayoría de los bien informados. A continuación, pasemos a un supuesto en el que solamente el 1 por ciento de los votantes está bien informado y el otro 99 por ciento vota al azar. Si se interroga a una persona que espera su turno para introducir la papeleta, probablemente acabaremos alarmados y pensaremos que no tiene idea de lo que está haciendo. Sin embargo, por pura estadística básica sabemos que, con un electorado grande, cada candidato obtendrá aproximadamente la mitad de los votos asignados aleatoriamente. De este modo, ambos candidatos pueden alcanzar una cuota de apoyos de aproximadamente un 49,5 por ciento. Sin embargo, esto no es suficiente para ganar. Si quieren lograrlo, deben centrar todas sus energías en seducir a esa persona bien informada, ese uno entre cien. ¿Y quién se lleva el premio? Quien tenga el apoyo de esa minoría abrumadora de los bien informados. La lección, como enfatizan Page y Shapiro, es que estudiar al votante promedio es engañoso:

27. Para un análisis profundo, véase Hoffman, 1998.

Incluso si las respuestas individuales que recaban las encuestas de opinión son, en parte, aleatorias y están llenas de errores de medición, lo cierto es que, cuando se agregan en una respuesta colectiva (por ejemplo, el porcentaje de personas que dicen estar a favor de una política en particular), la respuesta colectiva puede ser bastante diferente, significativa y estable.²⁸

Supongamos que un político acepta un gran soborno de las grandes compañías tabacaleras a cambio de desoír la demanda más o menos unánime de una mayor regulación de sus productos. Las decisiones a favor del tabaco no dañan la posición del candidato entre los votantes ignorantes, que apenas saben su nombre y mucho menos sus posiciones políticas. Sin embargo, su respaldo entre quienes votan de manera informada se desplomará. Las cosas se vuelven aún más complejas si crece el número de problemas, pero la clave del éxito sigue siendo la misma: persuadir a la mayoría de las personas bien informadas para recabar su apoyo.

Este resultado ha sido denominado acertadamente el «milagro de la agregación».²⁹ De entrada, parecería que estamos ante una receta de alquimista. Mezcla 99 partes de locura con 1 de sabiduría para obtener un compuesto tan bueno como la sabiduría pura. Un electorado casi totalmente ignorante tomando la misma decisión que un electorado bien informado. ¡El plomo convirtiéndose en oro!

28. Page y Shapiro, 1993, p. 41.

29. Converse, 1990, p. 383.

Es tentador llamar a esto «política vudú» o decir, como hizo H. L. Mencken, que «la democracia es una creencia patética en la sabiduría colectiva de la ignorancia individual».³⁰ Pero no hay nada mágico ni patético en ello. James Surowiecki documenta muchos casos en los que el milagro de la agregación (o algo parecido) funciona según lo anunciado.³¹ En un concurso para adivinar el peso de un buey, el promedio de respuestas de un total de 787 conjeturas se equivocó por una sola libra. En el programa de televisión «¿Quién quiere ser millonario?», los concursantes podían consultar al público del plató y, en el 91 por ciento de los casos en que lo hicieron, la respuesta más popular resultó ser la correcta. Los mercados financieros, que agregan las conjeturas de un gran número de personas, tienden a predecir los acontecimientos con más acierto que los principales «expertos». Las apuestas son excelentes predictores de los resultados de todo tipo de situaciones, desde eventos deportivos hasta elecciones políticas.³² En cada caso, como explican Page y Shapiro, se aplica la misma lógica:

Éste es sólo un ejemplo de la ley de los grandes números. Si se dan las condiciones adecuadas, los errores de medición individuales serán independientemente aleatorios y tenderán a anularse entre sí. Los errores en una dirección

30. Brainy Quote, 2005b.

31. Surowiecki, 2004.

32. Ibídem, pp. xi-xiii, 3-4, 7-11, 11-15, 17-22.

tenderán a compensar los errores observados en la dirección opuesta.³³

Cuando los defensores de la democracia se topan por primera vez con la ignorancia racional, por lo general tienden a reconocer que un escenario de ignorancia grave entre una mayoría de votantes obstaculizaría su ideal del *gobierno del pueblo*. No obstante, sus respuestas instintivas son (a) negar que los votantes sean preocupantemente ignorantes, o (b) interpretar la ignorancia de los votantes como una condición frágil y temporal. Llamar a estas respuestas «empíricamente vulnerables» es, cuando menos, caritativo. En realidad, décadas de investigación han confirmado que quienes albergan alguna esperanza en torno a los votantes están profundamente equivocados.³⁴ Alrededor de la mitad de los estadounidenses desconoce que cada estado tiene dos senadores y tres cuartas partes ignoran la duración de sus mandatos. Solamente un 70 por ciento sabe decir qué partido político tiene mayoría en la Cámara, porcentaje que cae al 60 por ciento en el caso del Senado.³⁵ Más de la mitad del electorado no puede nombrar al congresista de su distrito electoral, mientras que otro 40 por ciento ignora el nombre de los dos senadores elegidos por su demarcación. Los porcentajes referidos a la afiliación partidista de sus representantes son ligera-

33. Page y Shapiro, 1993, p. 41.

34. Véase Somin, 2004, 2000, 1999, 1998; Delli Carpini y Keeter, 1996; Dye y Zeigler, 1996; Bennett, 1996; Smith, 1989; Neuman, 1986; y Converse, 1964.

35. Delli Carpini y Keeter, 1996, p. 117.

mente más bajos.³⁶ Estos bajos niveles de conocimiento se han mantenido estables desde los albores de las series demoscópicas. Además, las comparaciones internacionales revelan que el conocimiento político general de los estadounidenses se sitúa sólo moderadamente por debajo del promedio observado en otros países.³⁷

Podría insistir en que esta información no es relevante: quizás los votantes tienen una visión holística que desafía toda medición... No obstante, éste es un camino desesperado que no me corresponde a mí, sino a quien pretenda erigirse en defensor de la democracia de espaldas a la realidad. Por eso, se puede concluir lógicamente que el milagro de la agregación proporciona al menos una base más segura a partir de la cual es más fácil hablar en positivo de la democracia. Esto permite a la gente creer en la evidencia empírica y, al mismo tiempo, en dicho sistema político.

Los argumentos originales sobre la ignorancia racional tardaron en difundirse, pero finalmente se convirtieron en sabiduría convencional. El milagro de la agregación se encuentra actualmente en medio de un proceso de difusión similar. Algunos aún no han oído hablar de ello. Los pensadores más retrospectivos esperan que, si ignoran la objeción, ésta desaparecerá. Pero la lógica es demasiado convincente. A menos que alguien descubra un defecto en el milagro, la falla que parecía haberse abierto en las ciencias sociales se terminará cerrando, de modo que economistas, politólogos y profesores de Derecho con mentali-

36. Tinte y Zeigler, 1992, p. 206.

37. Delli Carpini y Keeter, 1996, pp. 89-92, 116-122.

dad económica repensarán sus dudas sobre la democracia y volverán a la presunción de ignorancia prerracional, según la cual continuarán estableciendo que, si las democracias hacen X, entonces X es una buena idea.

La realidad del error sistemático

El sufragio universal, que hoy en día ha impedido el libre comercio en Estados Unidos, ciertamente habría prohibido la hilandería y el telar mecánico.

WILLIAM LECKY,
*Democracy and Liberty*³⁸

El milagro de la agregación demuestra que la democracia puede funcionar incluso con un electorado morbosamente ignorante. La democracia da la misma voz a los sabios y a los no tan sabios, pero los primeros determinan la política. Criticar la falta de conocimiento del electorado presentando estudio tras estudio no viene al caso.

En cambio, existe otro tipo de evidencia empírica que puede desacreditar el milagro de la agregación. Dicho milagro sólo funciona si los votantes no cometen errores sistemáticos. Esto sugiere que, en lugar de repetir todo lo referido al error electoral, debemos centrarnos en una

38. Lecky, 1981, p. 22.

cuestión crítica que no ha recibido suficiente atención:³⁹ ¿podemos decir que son sistemáticos los errores electorales?

Hay buenas razones para sospechar que así es. Como señala Surowiecki, la estimación promedio sobre el peso de los bueyes es acertada. Sin embargo, la psicología cognitiva cataloga una larga lista de otras cuestiones en las que nuestra suposición promedio es sistemáticamente errónea.⁴⁰ Este cuerpo de investigación debería abrir nuestras mentes a la posibilidad de que los votantes incurran en errores sistemáticos.

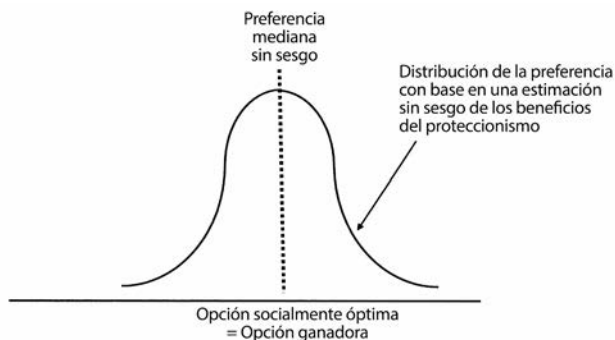
Sin embargo, la literatura psicológica por sí sola no nos lleva muy lejos. El vínculo establecido entre la cognición general y las decisiones políticas particulares es demasiado laxo. Las personas podrían tener un juicio general pobre, pero un buen juicio en tareas específicas.⁴¹ Los votantes pueden ser malos estadísticos, pero, al mismo tiempo, pueden ser perspicaces jueces a la hora de determinar las políticas más sabias. Por lo tanto, deberíamos refinar nuestra pregunta. ¿Son sistemáticos los errores cometidos por los votantes en cuestiones de relevancia política directa?

39. Para excepciones importantes, véase Althaus, 2003, 1998, 1996; Bartels, 2004, 1996; Gilens, 2001; Wolfers, 2001; y Delli Carpini y Keeter, 1996.

40. Véase Rabin, 1998; Thaler, 1992; Quattrone y Tversky, 1988, 1984; Simon, 1985; Kahneman, Slovic y Tversky, 1982; y Nisbett y Ross, 1980.

41. Véase Smith, 2003, 1991; Cosmides y Tooby, 1996; Barkow, Cosmides y Tooby, 1992; y Cosmides, 1989.

**Figura 1.1. El modelo del votante medio:
error aleatorio**



Mi respuesta es un sí rotundo. Este libro presenta evidencia empírica sólida de que, como mínimo, las creencias de la gran mayoría de los votantes sobre el funcionamiento de la economía están plagadas de graves errores sistemáticos.⁴² Sospecho firmemente que lo mismo puede ser aplicable a las creencias de la ciudadanía sobre muchos otros temas. Pero, en lo que respecta a la economía, la situación es muy clara. La gente no entiende cómo funciona la «mano invisible» del mercado ni su capacidad para armonizar la codicia privada y el interés público. A esto lo llamo *sesgo anticapitalista* o *antimercado*. De igual modo, la gente subestima los beneficios que nos deja el comercio con productores y compradores extranjeros. A esto lo llamo *sesgo antiextranjero*. También sa-

42. Para una investigación anterior sobre este punto, véase Caplan, 2002a, 2002b, 2001d.

bemos que la gente equipara la prosperidad con el empleo, no con la producción. A esto lo llamo *sesgo de conservación del empleo*. Por último, la gente también es demasiado propensa a pensar que las condiciones económicas son malas y están empeorando. A esto lo llamo *sesgo pesimista*.

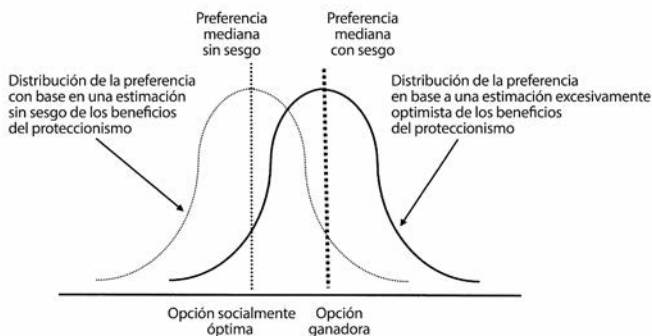
La política económica es la actividad principal del Estado moderno. Esto hace que las creencias de los votantes sobre la economía se encuentren entre las más relevantes políticamente hablando, si acaso no son las más importantes de todas. Pues bien, si los votantes basan sus preferencias políticas en modelos de economía profundamente equivocados, es probable que el gobierno desempeñe francamente mal su función básica. Para entender esto mejor, supongamos que dos candidatos compiten ante el electorado adoptando distintas posiciones en relación con el grado de proteccionismo que conviene instaurar. Los errores aleatorios de los votantes sobre el efecto de la protección harán que algunos votantes que prefieren el efecto del libre comercio terminen votando a favor del proteccionismo, aunque también ocurrirá al revés y encontraremos a votantes que prefieren el efecto de la protección, pero acaban votando a favor del libre comercio.⁴³ Entonces, se cumplirá el milagro de la agregación y, a pesar de la ignorancia de los votantes, la opción, posición o propuesta ganadora será socialmente óptima.

Sin embargo, para cualquiera que haya enseñado economía internacional, esta conclusión se revelará como un

43. Para simplificar, se suponen preferencias de votantes simétricas, de modo que la preferencia media es también el resultado más eficiente. Véase Cooter, 2000, pp. 32-35.

equilibrio decepcionante. Hacen falta horas de paciente instrucción para mostrar a los estudiantes el impacto de la ventaja comparativa. Y, después del examen final, sabemos que hay un preocupante índice de reincidencia. Supongamos que adoptamos una suposición más realista y partimos de que los votantes sobreestiman sistemáticamente los beneficios del proteccionismo. ¿Qué sucede entonces? Que mucha gente vota a favor del proteccionismo aun prefiriendo los efectos del libre mercado, mientras que solamente una minoría vota a favor del libre mercado aun prefiriendo los efectos del proteccionismo. La escala política se reequilibra y, en este caso, la opción ganadora es demasiado proteccionista. *El votante medio estaría mejor si se aplicase menos proteccionismo del que él mismo ha reclamado con su voto.* La competencia impulsa a los políticos a prestar atención a lo que piden los votantes, no a lo que es mejor para ellos.

**Figura 1.2. El modelo del votante medio:
error sistemático**



Los sesgos comparables subyacen plausiblemente a una política tras otra.⁴⁴ Por ejemplo, la oferta y la demanda nos dicen que los precios superiores al mercado crean excedentes no vendibles, pero eso no ha impedido que la mayor parte de Europa regule los mercados laborales hasta provocar décadas y décadas con tasas de desempleo propias de una depresión económica.⁴⁵ La explicación más creíble es que el votante promedio no ve ningún vínculo entre unos salarios artificialmente altos y el desempleo. Antes de estudiar economía, yo mismo era incapaz de verlo.

Investigación moderna versus tradición intelectual

Los economistas tienen dos actitudes hacia el discurso, la oficial y la no oficial.

DEIRDRE McCLOSKEY,
*The Rhetoric of Economics*⁴⁶

La terminología que diferencia entre el error «sistemático» y el de tipo «aleatorio» entró en el vocabulario de los economistas hace unos treinta años.⁴⁷ Sin embargo, el concepto mismo del error sistemático tiene una historia mu-

44. Para más ejemplos, véase Sowell, 2004a, 2004b.

45. Véase, por ejemplo: Krugman, 1998; y Siebert, 1997.

46. McCloskey, 1985, p. 5.

47. Sheffrin, 1996.

cho más larga detrás. Así es como empezaba un artículo de Simon Newcomb publicado en el *Quarterly Journal of Economics* allá por 1893:

El hecho de que exista una amplia divergencia entre muchas de las conclusiones prácticas de la ciencia económica, tal como las establecen sus exponentes profesionales, y el pensamiento del gran público, en general, queda reflejado en los debates actuales y en la legislación. Es un hecho con el que todos están familiarizados.⁴⁸

Éste fue el clima intelectual que Newcomb apreció por aquel entonces en Estados Unidos y el Reino Unido. Algo más de un siglo antes, Adam Smith hizo observaciones similares cuando se refirió a las creencias económicas predominantes en el Reino Unido en un pasaje de *La riqueza de las naciones*:

Sin embargo, nada puede ser más absurdo que toda esta doctrina de la balanza comercial en la que se basan no solamente las restricciones [mercantilistas], sino también buena parte de las regulaciones del comercio. Cuando dos lugares comercian entre sí, esta doctrina supone que, si la balanza está pareja, ninguno pierde ni gana; en cambio, si la balanza se inclina en grado alguno hacia un lado, esto supuestamente significa que uno pierde y el otro gana, de forma proporcional a la desviación apreciada con respecto al del equilibrio exacto.⁴⁹

48. Newcomb, 1893, p. 375.

49. Smith, 1981, pp. 488-489.